

# Freddy

## el político



---

WALTER R. BROOKS

---

ILUSTRACIONES DE KURT WIESE





Yo puedo. Déjalo en mis manos

# *Freddy el político*

**WALTER R. BROOKS**

ILUSTRACIONES DE KURT WIESE

TRADUCCIÓN DE CONCHA CARDEÑOSO SÁENZ DE MIERA

**T** EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS

Título original:

*Freddy the Politician*, originalmente publicado como  
*Wiggins for President*

© del texto: Walter R. Brooks, 1939. Renovado en 1967  
por Dorothy R. Brooks

© de las ilustraciones: Kurt Wiese

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Imagen de cubierta:

Kurt Wiese

Primera edición: junio de 2015

ISBN: 978-84-16354-58-0

La editorial agradece todos los comentarios y  
observaciones:

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No  
está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra,  
ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método  
sin la autorización por escrito de la editorial.

# Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

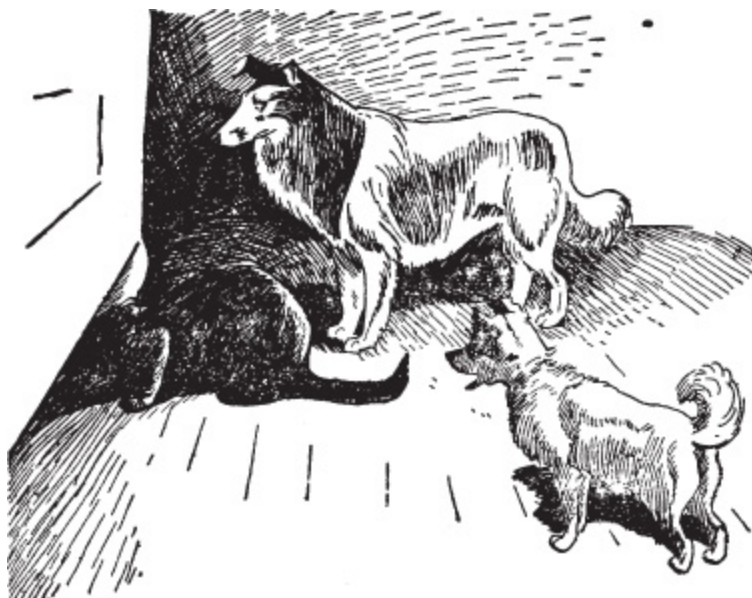
Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Notas al pie

# 1



Jinx, el gato, estaba durmiendo en un viejo cojín de sofá detrás de los fogones de la cocina. Le encantaba el cojín del sofá. Se lo había hecho la señora Bean, la mujer del granjero, con un vestido rojo de satén de cuando era pequeña; le había bordado el nombre en azul con hebras de estambre y había rematado todo el borde con nomeolvides azules. Robert, el collie, y Georgie, el perrito de pelo castaño, dormían en el otro lado de los fogones, pero no tenían cojines sino nada más unos cuantos trozos de alfombras viejas. Y los cuatro ratones -Eek, Quik, Eeny y el primo Augustus-, que, a veces, cuando hacía frío, iban a dormir a la cocina, solo tenían una vieja caja de puros del señor Bean con unos harapos en el fondo.

Era una noche de marzo cruda y tempestuosa, el viento no paraba de dar vueltas a la casa, empujaba las puertas y hacía ruido en las ventanas para ver si estaba todo bien cerrado. Después se iba volando a los campos y todo se quedaba tranquilo un rato, no mucho, hasta que volvía a

gran velocidad, como si se le hubiera olvidado algo, y empezaba a hacer ruido otra vez en puertas y ventanas.

Al final encontró un postigo que no estaba cerrado, el de la ventana de la salita, y empezó a darle golpes. Le dio golpes, lo sacudió, lo hizo crujir e intentó arrancarlo de sus goznes. Y, por lo visto, eso lo animó más, porque empezó a jugar con la casa como un gato con una pelota. Se alejaba mucho y se quedaba muy quieto un rato, luego se acercaba muy despacio, como arrastrándose, y de pronto saltaba sobre ella y la sacudía toda. O subía hacia el cielo, que estaba tachonado de estrellas, y se dejaba caer encima del tejado con gran estrépito. Aullaba por la chimenea y soplabá por debajo de las puertas, y hacía que las alfombras se hincharan en el suelo como una ola, y sacudía las ventanas y silbaba por el ojo de las cerraduras. Entonces, Jinx se despertó y dijo:

-¡Ay, Dios! ¿Es que no puede haber un poco de paz en esta casa?

-¡Ah, no sé! -contestó Robert-. A mí me gusta estar aquí tumbado, tan calentito, oyendo el viento.

-Siempre hay mucho ruido por aquí -dijo Jinx-. Cuando no es por una cosa es por otra. Fíjate, ¿oyes eso?

El viento se había calmado y entonces se oyó algo parecido a un gemido débil y constante. Eran los ronquidos del primo Augustus.

-Bueno, Jinx, no creo que eso te moleste mucho esta noche, con el jaleo del viento -dijo Georgie.

-¡Malditos ratones! -exclamó Jinx-. ¡Ellos siguen durmiendo tan panchos aunque se nos caiga el cielo encima!

Se levantó, se desperezó y, alargando una pata, cerró de golpe la tapa de la caja de puros.

Inmediatamente se oyeron grititos y ajetreo en la caja, y entonces salieron los ratones dando tumbos.



-¡Oye, Jinx! ¡Robert! -chillaron-. ¿Quién ha sido? ¡Socorro! ¿Qué ha pasado?

Jinx se echó a reír tan fresco, pero Robert dijo:

-Volved a la cama, chicos. Ha sido Jinx, que se cree muy gracioso. -De pronto se calló y levantó las orejas-: ¡Chitón! -exclamó-. ¡Que viene el señor Bean!

El viento sacudía y zarandeaba el postigo, así que no pudieron oír al señor Bean, pero empezó a verse una luz en las escaleras de atrás, como si bajara alguien con una vela. Primero apareció una gran zapatilla de fieltro azul y amarillo en el peldaño más alto; después, otra zapatilla pasó por encima de la primera y se posó en el segundo peldaño. Las zapatillas siguieron bajando y enseguida asomó un camisón blanco y largo, luego la cara con sus grandes barbas, la nariz sobresaliendo por encima y los ojos penetrantes mirando desde arriba, y después un gorro de dormir blanco con una borla roja. Lo último que vieron fue un brazo terminado en una mano que sostenía una vela encendida. Y el señor Bean llegó a la cocina.



Entonces salieron los ratones dando tumbos

Cruzó la cocina y pasó a la salita; le oyeron abrir la ventana y cerrar el postigo que estaba abierto. Después volvió. Los perros golpearon el suelo con el rabo y Jinx se levantó y fue a frotarse la oreja izquierda contra la pierna del señor Bean. El señor Bean los miró.

-Supongo, animales, que no os habríais levantado a cerrar ese postigo aunque se hubiera hecho astillas a golpes -dijo-. Siempre le digo a todo el mundo que mis animales son los más listos del estado de Nueva York, pero no sé, no sé... Me parece a mí que si fuerais tan increíblemente

espabilados os ocuparíais de una cosa tan fácil sin esperar a que viniera yo. ¡Ay, Señor! Si no puedo contar con que hagáis algo tan fácil, ¿voy a irme todo el verano a Europa, como quiere la señora Bean, dejándoos a cargo de la granja? No, no, ni hablar. -Y se fue arriba otra vez.

-¡Vaya! -exclamó Georgie-. Sabía que pasaría algo así. ¡Con el trabajo que le ha costado a la señora Bean convencerlo de hacer ese viaje a Europa con toda la familia!

-Ojalá se nos hubiera ocurrido cerrar el postigo -dijo Jinx-. Pero, al fin y al cabo, es una cosa de muy poca importancia para renunciar al viaje a Europa.

-Bueno, no sé -dijo Robert-. No creo que ningún otro granjero esté dispuesto a irse seis meses de viaje dejando la granja a cargo de un puñado de animales. No es que no sepamos cuidar de todo y mantener la granja en marcha, pero los animales no estamos acostumbrados a tener responsabilidades. Cuando vemos que hay algo que hacer, siempre esperamos a que venga a hacerlo el señor Bean, como ha pasado con el postigo.

-Está bien -dijo Jinx-, podemos cuidar la granja, de acuerdo, pero ¿estamos dispuestos a hacerlo? Ya sabes lo que pasa cuando todos somos responsables de hacer algo necesario. Cada uno piensa: «Ah, bueno, que lo haga otro», pero las cosas no se hacen solas. No; tenemos que elegir a un animal que se haga responsable de todo.

-Pero no hay ninguno que sea capaz de hacer todas las tareas de la granja -dijo Georgie.

-No, no lo haría todo él solo, sino que se ocuparía de que se hiciera todo. Como el presidente de los Estados Unidos, vamos. Sería el gran jefe.

-Sería el presidente de la granja de Bean -dijo Georgie-. A ver, Jinx, ¿por qué no podemos elegir a un presidente y organizar unas elecciones normales y todo eso?

-¡Caray, qué buena idea! -exclamó Jinx, entusiasmado-. ¡Unas elecciones con desfiles a la luz de las antorchas y

discursos para hacer campaña y toda la pesca! Así solucionaríamos lo de cuidar de la granja y además nos lo pasaríamos en grande. Lo primero que vamos a hacer por la mañana es ir a buscar a Freddy, convocar una reunión y hablar del asunto.

-Pero para cuidar una granja hay que hacer muchas cosas que no sabemos -dijo Robert-. Por ejemplo, el dinero. ¿Qué sabemos del dinero?

-Yo una vez encontré una moneda de veinticinco centavos -dijo Georgie.

-¿Qué hiciste con ella? -preguntó Robert.

-No me acuerdo.

-¿Lo veis? -dijo Jinx-. No se acuerda. Pero ¿no sabes lo que le dijo ayer el señor Bean a la señora Bean a propósito de Adoniram? Pues le dijo: «Este chico tiene que aprender a tener cuidado con el dinero si quiere llegar a ser un buen granjero». Bueno, pues nosotros tampoco lo seremos si no aprendemos.

-¿Cómo se cuida el dinero? -preguntó Quik.

-Se guarda en el banco, tonto -dijo Jinx.

-¿Para qué? -dijo Quik.

-¡Ay! ¿Yo qué sé? -contestó el gato, enfadado-. De todos modos, ¿a ti qué más te da, ratón? No tienes dinero.

-¿Ah, no? -dijo Quik-. Te sorprendería la cantidad de monedas que encontramos los ratones detrás de los frisos, debajo de los tablones del suelo y en muchos otros sitios.

-Supongo que sí -dijo Robert-. Ojalá supiera demostrar al señor Bean que sabemos cuidar del dinero. Así podría irse de viaje con toda tranquilidad, sabiendo que nos quedamos a cargo de la granja.

-A lo mejor podemos abrir un banco -dijo Georgie.

-No es mala idea -dijo el gato-. ¡Caray, Georgie, qué inspirado estás esta noche! Seguro que si fuéramos banqueros el señor Bean no tendría de qué preocuparse. Le

he oído decir muchas veces que los banqueros son la piedra angular del país.

-Ya, pero ¿cómo se abre un banco? -preguntó Eeny.

-¡Bah! ¡Eso está chupado! -dijo el gato-. Solo hay que... bueno, solo hay que abrirlo. Un cartel bien grande encima de la puerta que diga BANCO y ya está.

-¡Ah! -exclamó Eeny-. Conque basta decir que es un banco para que sea un banco, ¿eh?

-Claro.

-¡Ah! -exclamó Eeny otra vez-. Entonces, si digo que eres un fanfarrón, ¿qué eres, Jinx?

-¿Cómo? -chilló Jinx-. Pero... ¡bueno! -Se abalanzó sobre la caja de puros, pero los ratones se escabulleron entre las sombras y, cuando el viento se calmó un poco, los oyó riéndose todos juntos debajo de los tablones del suelo. Se quedó un momento sin decir nada. No veía a los dos perros. Los gatos ven en la oscuridad mejor que otros animales, pero si no hay algo de luz no ven nada y la cocina estaba negra como boca de lobo. Aguzó el oído con recelo, pero el viento hacía tanto ruido otra vez que no supo si los perros se reían o no. Al cabo de un momento dijo-: ¡Malditos ratones! ¡No sé cómo los soporto!

-Bueno -dijo Robert-, si pretendes hacerles creer que sabes mucho de una cosa pero no sabes nada, es lógico que se burlen de ti. De todos modos, la idea del banco está bien. Tal vez el señor Webb nos diga cómo funciona.

-¿El viejo ese? -dijo Jinx-. ¿Qué va a saber una araña de bancos?

-Antes de venir a la granja vivía en un banco -dijo Robert-. ¡Caray! ¿Oís qué viento?

En efecto, después de un breve descanso, el viento había vuelto a la carga con más fuerza que nunca. Ya no jugaba, parecía que había perdido los estribos por completo; daba unos porrazos tremendos, hacía un estruendo como un cañón y sacudía toda la casa. Y siguió dando vueltas,

aullando y golpeando; de pronto, se oyó un crujido muy fuerte, el pestillo de la puerta de la cocina cedió, la puerta se abrió de par en par y entró una corriente de aire frío que barrió la cocina, levantó las cortinas de la ventana y movió las cazuelas y las sartenes con gran alboroto.

Los animales corrieron a cerrar la puerta otra vez. La empujaron con todas sus fuerzas. Incluso los ratones clavarón los pies en el suelo y empujaron, porque hasta lo más pequeño ayuda, aunque solo sea un empujoncito con la fuerza de cuatro ratones. Y cuando el viento amainó un poco lograron cerrarla. Los perros arrastraron una silla, la empujaron y la alzaron hasta que consiguieron encajar el respaldo debajo del pomo. Y entonces dijeron todos:

-¡Bieeen! -Y se tumbaron otra vez.

A continuación se vio otra vez la luz en el umbral de las escaleras de atrás, y luego apareció el señor Bean. Lo hizo en el mismo orden que la vez anterior: zapatillas, camisón, barbas, gorro de dormir, brazo y vela. Se quedó mirando y, al final, dijo:

-Hum. Esta vez lo habéis hecho mejor.

Hizo una caricia a Robert en el lomo y se fue: vela, gorro de dormir, barbas, camisón y, en último lugar, zapatillas.

El señor Bean les había hecho un gran cumplido. Les tenía mucho cariño a sus animales, pero nunca los elogiaba por nada.

-Esto compensa lo del postigo -dijo Robert-. Espero que ahora nos considere más responsables. Bueno, ¿qué? ¿Intentamos dormir un rato?

El viento se había calmado un poco. Lo oían silbar a lo lejos, cada vez más lejos, como si por fin hubiera decidido abandonar el ataque a una casa tan bien guardada e irse a buscar otra víctima. Los animales se tumbaron, cada cual en su cama, y respiraron hondo para soltar un largo suspiro de alivio. Y en ese preciso instante se oyó un débil graznido en el rincón más lejano de la cocina.

Bien, un graznido en una habitación oscura en plena noche, por muy débil que sea, asusta bastante. Si Jinx hubiera estado solo, se habría ido sin pérdida de tiempo -o al menos se habría puesto a andar, pero seguramente habría llegado corriendo a la puerta de la cocina- y habría bajado a la bodega, a esconderse detrás del barril de sidra. Pero delante de todos los demás animales tenía que hacer honor a su fama de osado, libre y valiente. Por eso dijo con seriedad:

-A ver, ¿qué pasa ahí? -y fue directo a investigar.

A casi todos los valientes les pasa lo mismo que a Jinx: son valientes porque les asusta tener miedo.

Jinx fue hasta la nevera, metió el hocico debajo, tanto como pudo, y olió tres veces discretamente, como hacen los gatos. Robert y Georgie también se acercaron a oler, pero como huelen los perros, haciendo mucho ruido.

-¡Plumas! -dijo Jinx.

-¡Un pájaro! -dijo Robert.

-Seguro que el viento lo ha arrastrado por la puerta -dijo Georgie.

-¡Socorro! -graznó una voccecita débil.

Jinx metió la pata por debajo de la nevera, encontró otra pata y tiró de ella; en cuanto el pájaro salió de allí, intentó ponerse de pie, pero estaba tan cansado que se cayó de lado.

-Tranquilo, hermano -dijo Jinx-. Hay que llevarlo a los fogones, chicos, para que entre en calor. Cuidado con eso. Georgie, agárralo por las patas. Eso es.

-Dejadme a mí -dijo Robert, y, con suavidad, lo cogió con los dientes y se lo llevó a la caja de puros.

-¡Ay, qué viento! -murmuró el pájaro.

-¿Cómo te llamas, pájaro? -preguntó Jinx-. ¿Eres forastero en estos pagos?

-Déjalo en paz -dijo Robert-. Tiene que descansar. Ya le preguntarás lo que quieras por la mañana.

-De acuerdo -dijo Jinx, y se tumbó otra vez en su cojín-. Bueno, a ver si ahora puedo dormir algo.

El viento no volvió y al cabo de un momento lo único que se oía en la cocina era el débil gemido del forastero, que dormía, y el suave ronquido del primo Augustus, que, sin la caja de puros, se había acurrucado con sus tres primos entre las patas delanteras de Robert.



## 2



Los animales habían pasado una noche muy movida y todavía estaban durmiendo cuando la señora Bean bajó por la mañana a preparar el desayuno para el señor Bean y sus dos hijos adoptivos, Byram y Adoniram.

La señora Bean era bajita y rechoncha, tenía los ojos negros y brillantes y unas mejillas que parecían auténticas manzanas. Ya no se sabía cómo era sin su delantal, ni tampoco se sabía cómo era su marido sin sus grandes barbas. Todos los animales la querían, y ella les tenía mucho cariño y siempre les preparaba alguna sorpresa para la cena. Incluso les hacía una tarta el día de su cumpleaños. A la única que no se la hacía era a la señora Wogus, porque no le gustaban las tartas, pero a los demás siempre los obsequiaba con una tarta de manzana. La señora Wogus era una de las vacas.

Jinx bostezó nada más despertarse y, sin pararse a lavarse la cara, se metió debajo de los fogones y miró dentro de la caja de puros.

-¡Vaya, vaya! -exclamó-. Me parece que te encuentras muy bien.

Y es que el pájaro estaba acicalándose las plumas. Era un pájaro carpintero muy guapetón que tenía la cabeza roja y el cuerpo blanco y negro.

-Gracias a ti -respondió el pájaro con muy buenos modales-. ¿Te importaría decirme dónde estoy?

-Pues estás en una caja de puros, debajo de los fogones de la cocina de la señora Bean -dijo Jinx.

-No, no; no me has entendido -dijo el pájaro carpintero-. Lo que quiero saber es en qué parte del país me encuentro. Es que, verás, iba de camino al norte, a pasar el verano en Washington, en la antigua casa de mi familia, cuando me atrapó un ventarrón tremendo, y me da la impresión de que me he apartado mucho de mi camino.

-Eso parece, sí -contestó el gato-, porque estás en el centro del estado de Nueva York.

-¿El estado de Nueva York? -repitió el pájaro carpintero-. ¡Pobre de mí! Nunca se me ha dado bien la geografía. Dime, ¿dónde está el estado de Nueva York?

-Pero, bueno -replicó Jinx-, ¿quieres decir que no sabes dónde está el estado de Nueva York?

-No, no quiero decirlo, te lo estoy diciendo -contestó el pájaro carpintero-, que no es lo mismo.

-Puede que no sea lo mismo -dijo el gato, que empezaba a no entender nada-, pero te aseguro que...

En ese preciso instante, la señora Bean se agachó a mirar debajo de los fogones.

-¿Qué pasa ahí? -preguntó-. ¡Ah, eres tú, Jinx! Y... ¡Por mis tierras, un pájaro carpintero! Bueno, anda, salid fuera. Me parece muy bien que recibas a tus amigos en casa, pero mi cocina no es sitio para un pájaro carpintero. Ya sabes lo que opina el señor Bean de tener pájaros en casa. No quiere que se le metan entre las barbas. A mí me parece una tontería, pero así son las cosas. Vamos, fuera, los dos.

Abrió la puerta y Jinx y el pájaro carpintero salieron, seguidos por los dos perros, que se habían despertado y habían escuchado la conversación con interés.

-¿De verdad quieres decir que no sabes dónde está el estado de Nueva York? -preguntó Robert cuando llegaron al corral.

El pájaro carpintero se subió enseguida al tronco de un gran olmo y empezó a hacer un agujero en la corteza para ver si encontraba algo que desayunar.

-Desde luego -respondió. Dio unos golpes con el pico, arrancó un poco de corteza y se comió un bichito que encontró allí-. ¡Hum, qué tierno! -dijo-. ¡Y qué sabroso! Es que, claro -prosiguió-, los que vivimos en Washington no podemos saber dónde están todos los pueblecitos que hay en la periferia de un país tan grande.

-¡No me digas! -replicó Jinx-. Me parece que te das demasiada importancia para ser un pájaro carpintero. Supongo que en Washington serás un personaje muy importante. Seguro que tendríamos que saber quién eres y todo.

-Es posible que hayáis visto alguna foto mía en los periódicos -contestó el pájaro carpintero-. Me han sacado unas cuantas veces. Somos una familia bastante famosa. Hace muchas generaciones que vivimos en un sicomoro del patio de la Casa Blanca. Y al hijo mayor siempre se le pone el nombre de un presidente. El fundador de mi familia se llamaba Abraham. Mi abuelo Woodrow era bastante famoso. Cuando estaba en el huevo se cayó del nido. En aquel momento, el presidente en persona pasaba por debajo del árbol y Woodrow cayó en su bolsillo. Sin darse cuenta, el presidente se lo llevó a la Casa Blanca, adentro, y al día siguiente mi abuelo rompió el cascarón en el bolsillo; allí se lo encontró una criada y lo llevó fuera otra vez. Así que Woodrow nació en la Casa Blanca propiamente dicha. Yo me llamo -añadió- John Quincy.

A los perros les impresionó mucho tener un invitado tan distinguido en el corral; incluso Jinx estaba impresionado. Pero no quería que se le notara. Se encogió de hombros, soltó una risita desagradable y se fue tan tranquilo hacia el establo dejando que los perros siguieran la conversación.

La señora Wiggins, la señora Wogus y la señora Wurzbarger, que eran las tres vacas, no estaban en el establo, sino desayunando en los pastos de atrás, pero Jinx entró de todos modos. En el rincón del fondo colgaba un hilo de telaraña y el gato tiró suavemente de él con la pata, porque era el timbre del señor y la señora Webb. Una araña pequeña bajó enseguida a toda prisa por el hilo y se detuvo a la altura de la oreja de Jinx. Era la señora Webb. Era una arañita redonda y rechoncha que estaba orgullosa de parecerse a la señora Bean, y la verdad es que se parecían un poco, por lo rechonchas que eran y porque siempre estaban las dos afanándose con una cosa u otra, aunque de cara no se parecían en nada.

-Buenos días, Jinx -dijo la araña-. Webb ha salido a dar su paseo matutino. ¿Puedo ayudarte en algo?

Tenía una voz animosa y agradable, aunque muy fina. A las arañas les encanta charlar, pero eso lo sabe poca gente, y es que, para que las oigas, tienen que hablarte casi al oído y eso no les gusta, porque saben que hacen cosquillas.

-Nada, un asunto de negocios -dijo el gato-. ¿Por dónde se ha ido?

-Creo que se ha ido al tejado. Sube.

El señor Webb era bastante fortachón, le gustaba hacer ejercicio todos los días para mantenerse en forma. Pero a principios de primavera el suelo estaba demasiado mojado para andar mucho rato y por eso solía irse a pasear al tejado del establo. Dar cuatro vueltas por el alero era, para una araña, como andar un kilómetro y medio. Jinx se lo encontró en la punta del tejado, colgado con cuatro patas en el aire.